

La guerra, la caída de Saddam

El arzobispo caldeo católico cuida a la única superviviente de la más antigua diáspora hebrea

Salima, la última judía de Basora



IRAQ **Basora**
PLÀCID GARCIA-PLANAS
Enviado especial

La puerta parece de otro mundo. El arzobispo Gabriel, sotana negra ribeteada en púrpura, pica con su puño. “¡Salima! ¡Salima!” Nadie abre. El arzobispo insiste, ante la indiferente mirada de los vecinos chiitas. La puerta y su mundo resisten a las miserias que le han sucedido en la cadena del tiempo: la Basora otomana, la de las hermosas maderas, se pudre con dignidad.

Las dos macizas hojas se toman su tiempo. Son como de otra dimensión: están por debajo del nivel del suelo, hundiéndose lentamente para desaparecer de una Basora que ya no reconocen. Las puertas se toman su tiempo, pero acaban abriéndose, como

Salima abre las puertas del palacio que ya no es palacio: ella malvive en un lateral del patio antiguamente porticado, donde las columnas de madera tallada se caen a pedazos y algunos muros se han venido abajo. El implacable bombardeo de los siglos y la dejadez han pegado bien fuerte en la gran casa otomana. Salima se sienta en su mugrienta cama, debajo de un gran ventilador, y el arzobispo caldeo católico le ofrece una bolsa de naranjas. Salima se queja de la espalda, indaga en su memoria y no recuerda cuál fue el último judío que vio en vida, si fue su madre o su primo Yacob. Eso, comenta, ocurrió por la época en que Saddam llegó al poder.

Sus padres eran de Bagdad, pero ella nació en Basora, en 1924. Dicen que era muy hermosa, y ella se mira en el espejo de la felicidad: “Había tantos judíos, tantas sinagogas...”. Todo se hundió en dos años. Entre 1950 y 1951, el antisemitismo de los gobiernos iraquíes y la sistemática campaña sionista para llenar Israel fueron fulminantes. Segaron tres mil años hebreos del Tigris y el Éufrates.

Salima apenas tuvo tiempo para ser feliz. Lo fue de muy joven, en los años treinta y cuarenta, cuando escuchaba las populares bandas musicales judías de Radio Bagdad, cuando estudiaba en la Alianza Francesa, cuando en su casa no faltaba de nada. Su padre importaba y exportaba. Porque los judíos de Iraq, los fundadores de la diáspora, extendieron sus propias diásporas: hubo florecientes comunidades hebreas iraquíes en Calcuta, Bombay, Londres, Nueva York, Jerusalén, Rangún, Shanghai o Hong Kong. Unos 250.000 descendientes de judíos iraquíes viven hoy

en Israel y por todo el mundo, entre ellos la familia Satchi, el imperio de la publicidad.

Ella, Salima, no tuvo tiempo para ser feliz. Se casó, y su marido murió al cabo de dos años. En sus 79 años de vida sólo ha salido una vez de Basora: un par de días a Bagdad para arreglar unos papeles. Hace muchos años que no puede hablar con nadie en el dialecto árabe de los judíos iraquíes: ese dialecto agoniza en sus pensamientos. Todo el mármol del cementerio judío ha sido exiliado. Su mundo se le escapa. Hace tres semanas casi se le olvidó el Purim, el carnaval judío, e intenta —sólo queda ella para hacerlo— pensar cada año en su particular día del Milagro: los judíos de Basora celebraban un segundo Purim, unos días después, para agradecer el día en que Dios los salvó de las dagas de un visir persa.

Los vecinos chiitas de Salima, que llegaron a esta tierra doce siglos después que ella, ni le hablan ni le ofrecen nada. Más bien al contrario: los niños entran a robarle la porquería que tiene. Salima vive de la ayuda de los caldeos católicos. Le llevan a doctores y le llevan alimentos, de cárnicos sólo pollo para que a ella, desconfiada, le quede claro que



VESTIDAS DE FIESTA. Tres jóvenes judías lucen sus vestidos en la escuela de Laura Kadoori, en la capital iraquí, en 1931

no es cerdo y se lo coma. El arzobispo intenta sin éxito sacarla de la ruina donde vive: ella no quiere irse a vivir con una familia cristiana, donde la atenderían mejor. Se cierra en su mundo, prefiere estar sola. Y también en sus manías: al despedirse, el arzobispo le pregunta por qué no se pone el vestido nuevo que le trajo hace un par de semanas.

Salima cierra la puerta y se acurruca en su palacio que ya no es palacio. Los canales de la Basora vieja llevan agua putrefacta. Nada nos dice hoy que fue entre estos dos ríos donde, junto con Israel, nació la civilización judía. Que fue aquí donde el rey Yehoikan levantó la primera sinagoga, aquí donde los ju-

díos adoptaron los caracteres de su escritura actual y aquí donde se escribió el Talmud de Babilonia, todavía predominante en la ley judía. Nada nos lo dice. Sólo Salima, que también dice que quiere irse. No de este palacio en ruinas, sino desde este palacio.

Ya no puede escuchar las bandas de fox-trot en Radio Bagdad. Ya no hay Alianza Francesa. Ya no hay delegaciones comerciales en Calcuta y Hong Kong. Ya no hay mármol en el cementerio judío, ni nadie que recuerde el día del Milagro. La última esclava de Nabucodonosor, la última judía bíblica de Basora, espera en Babilonia su definitiva liberación. ●



FOTO DE FAMILIA. La familia del gran rabino Hakham Ezra Dangoor, en 1910

Hace 50 años había en Iraq cientos de miles de judíos; hoy quedan 38 en Bagdad y sólo uno en Basora

una penúltima respiración: detrás sale una mujer bajita, con legañas en los ojos y dificultad para andar. Dulce y torturada. Es Salima, uno de los últimos 39 judíos que quedan en Iraq. Uno de los últimos descendientes de los judíos condenados por Nabucodonosor a exilarse a la tierra de los dos ríos en el año 597 antes de Cristo.

Hace 50 años había en Iraq cientos de miles de judíos. Hoy quedan 38 en Bagdad y sólo uno en Basora. Ya no quedan judíos en Mosul, ni en Amara ni en Hilla. Y la mayoría de los que viven en Bagdad son ancianos. La última boda se celebró en 1980. El último rabino murió en 1996. No hay niños para el bar Mitzvá. En Babilonia nació la idea de la diáspora y, exactamente 2.600 años después, en Babilonia se muere.

Los marines encuentran 656 millones de dólares en un barrio residencial de Bagdad

BAGDAD. (Agencias.)— Patrullas de marines encontraron 656 millones de dólares americanos de curso legal en un barrio residencial de Bagdad, situado en la ribera del Tigris, donde vivían dirigentes del partido Baas y oficiales de alta graduación de la Guardia Republicana.

La información, publicada por “The Angeles Times”, recoge unas declaraciones de un oficial de los marines, Kenneth Buff, en las que aseguraba que se sorprendió tanto

ante el hallazgo de una caja repleta de billetes que, dijo, “me hubiera gustado hablar con mi mujer y decirle que nos habíamos convertido en multimillonarios durante tres segundos”.

Taylor Griffin, portavoz del Tesoro de EE.UU. afirmó que ese dinero sería reinvertido en la ayuda al pueblo iraquí.

Otras patrullas de Marines descubrieron depósitos bancarios y cámaras acorazadas en los que encontra-

ron oro y joyas con un valor estimado en mil millones de dólares. Estas riquezas pertenecían a vecinos de Bagdad, de gran poder económico, que habían depositado sus pertenencias más valiosas antes de que comenzara la guerra.

Tanto los dólares en efectivo, como las joyas y el oro, estaban guardados en cajas fuertes de acero, que habían logrado salvarse del pillaje desatado en la zona tras la entrada de las tropas norteamericanas en la

capital. A fin de preservar la seguridad de los bienes depositados, los marines desplegaron sus fuerzas en torno a las calles donde se encontraban los depósitos, en el barrio bancario y en el residencial, incluso apostando franco tiradores en los tejados de los edificios.

Los marines tuvieron que sostener algunos enfrentamientos con grupos armados de iraquíes. También prohibieron el paso a los iraquíes por la cercanía de los edificios, no sólo a los peatones sino a los vehículos, ya que muchos habían sido utilizados para robar.

El pillaje de dinero y valores bancarios ha sido una tónica general en los últimos días en muchas ciudades de Iraq. Ayer, en Basora, 57 ira-

quíes fueron detenidos tras haber intentado robar en la sede regional de la banca nacional, situada en el centro de la ciudad, con métodos casi de “western”.

Los ladrones habían entrado en el banco a través de los sótano e intentaron volar las cajas fuertes con explosivos adosados a los muros. El ruido de las explosiones alertó a los soldados británicos, situados en una base militar cercana. Los soldados entraron en las dependencias del banco y atraparon a los ladrones literalmente “con las manos en la masa”: se llevaban el dinero en sacos cubiertos de plástico. Los tanques británicos tomaron posiciones ante el banco para evitar nuevas tentativas de saqueo. ●